

Homilía de la Oración de Apertura del Arzobispo Gustavo García Siller

Hermanas y hermanos abramos nuestros corazones al Espíritu Santo. Hoy aquí en los Estados Unidos, Él nos necesita más que nunca como piedras vivas de la Iglesia. Podemos decir en términos humanos que Él es el encuentro entre el Padre y el Hijo y también es nuestro propio encuentro con Jesús y entre nosotros. El Espíritu Santo es el Señor, el dador de vida, el cuerpo místico de Cristo. Por eso que hoy, al comienzo de estos días, de nuestro proceso de discernimiento, pedimos que venga el Espíritu Santo. ¡Ven, Espíritu Santo, Ven! ¡Ven, Espíritu Santo, Ven!

La Iglesia, cuerpo místico de Cristo, ha recibido malas noticias últimamente acerca de la culpa de sus pastores: sacerdotes y obispos. Y a todos ustedes, queridos hermanos y hermanas laicos, les ha roto el corazón y con mucha razón. Tienen toda la razón en tener un corazón roto por las faltas de sus pastores, sacerdotes y obispos. En la lectura de la Palabra de Dios que acabamos de escuchar, San Pedro nos dice que compartimos el sufrimiento de Cristo. Así es. Compartimos los sufrimientos del Señor Jesús y los que se continúan en su pueblo, la Iglesia, el Cuerpo de Cristo. Oremos al Señor, por las víctimas de esos crímenes, los crímenes que nos llevaron a esta crisis. Hagamos todo lo que podamos por la sanción de todas las víctimas de estos abusos. Oremos también por los perpetradores y por favor, oren por nosotros, sus pastores.

El Papa Francisco ha dicho que el clericalismo es el núcleo de las causas de esta crisis. Al sentir que algo sale del control, los pastores podemos caer en la tentación del poder. Pero acabamos de rezar en el cántico, "El Señor Dios omnipotente ha asumido el gran poder". Verlo reinar en las conciencias de los laicos nos lleva a los sacerdotes y obispos a rendir cuentas en toda la Iglesia y ante Dios. Cuando Dios reina en sus corazones y toman la responsabilidad para expandir su Reino en el mundo, nosotros nos hacemos más responsables. San Pedro también nos dice, "Alégrese si son insultados a causa del nombre de Cristo; el Espíritu glorioso de Dios reposa sobre ustedes". Dichosos hermanos y hermanas, dichosos todos si son insultados por el nombre de Cristo; eso significa que el Espíritu glorioso de Dios reposa sobre ustedes.

El Espíritu no reposa sobre nosotros para dejarnos pasivos. ¡Viene a despertarnos, a animarnos, a renovarnos a encender nuestros corazones! El Espíritu viene a encendernos con un nuevo fuego, el fuego del amor de Dios. Se necesitan cruces vivas, cruces con corazón. El mundo sufre y a nosotros, por la acción del Espíritu, somos llamados a poner un corazón en cada cruz: en la cruz de nuestra Iglesia, en la cruz individual de nuestros hermanos y hermanas. El Espíritu Santo viene para encender nuestros corazones. Cuando nuestros corazones encuentran al prójimo en nombre de Jesús, el Espíritu Santo provoca un ardor. ¡Encendamos al mundo con el ardor del Espíritu Santo! ¡Prendamos el fuego del Espíritu en nuestra Iglesia Católica en los Estados Unidos! ¡No tengamos miedo! ¡Tomemos la iniciativa!

Propiciemos encuentros en nuestros ambientes: en nuestras diócesis, en nuestras parroquias, escuelas, movimientos, y aprovechemos toda oportunidad de encuentro. No tengamos miedo de encontrarnos con el otro. El Señor estará presente allí con su Espíritu Santo. Porque él es el crucificado y también el resucitado. Como dice el cántico del Apocalipsis, "No amemos tanto nuestra vida que temamos las dificultades, los fracasos temporales, incluso la muerte". Demos la vida por el Señor resucitado y por su reino. Trabajemos para hacer el amor de Dios presente en el mundo.

¡Hoy, la Iglesia nos necesita! Somos el presente y el futuro de la Iglesia. En estos tiempos solo la parroquia, el coraje de los bautizados, volverá a la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, su autoridad moral. Solo la parroquia, la valentía, el arrojo, la entrega apasionada de los bautizados en tiempos recios, devolverá la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, su espíritu evangélico y autoridad moral.

Disfrutemos estos días, en presencia unos de otros y que el Señor Jesús nos encuentre en nuestro caminar, como cuando se encontró con los peregrinos a Emaús. Y que nuestros corazones ardan mientras escuchamos Su Palabra, compartimos el Pan de vida y crecemos como miembros de una familia.

Hay una mujer que el Papa Francisco beatificará el 4 de mayo. Se llama Concepción Cabrera, Conchita. Una mujer mexicana, casada, madre y apóstol. Ella dice: "Recuerda que cuando te busquen a ti, lo encuentren a él". Jesús, nuestra vida, nuestro amor. La gente de Emaús nos está buscando por algo, por esperanza, por cuidado, por perdón, por compasión. Que lo encuentren por medio de nuestra vida y nuestro amor. Que Santa María de Guadalupe, con su amor maternal nos proteja y nos dé valor, como se lo dio a San Juan Diego, para ser testigos de Jesús, de su amor y de su Evangelio. Él que está entre nosotros es el camino, la verdad y la vida. ¡Viva Cristo Rey! ¡Que viva!